

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

LA LITERATURA EN LA
CONSTRUCCIÓN DE LA CIUDAD
DEMOCRÁTICA

CRÍTICA
GRIJALBO MONDADORI
BARCELONA

•

Índice

<i>Prefacio</i>	9
1. <i>Construcción y deconstrucción de la ciudad socialista</i>	15
Epílogo	48
Epílogo de un epílogo	55
2. <i>La literatura en la construcción de la ciudad democrática</i>	59
3. <i>La postmodernidad y «1984»</i>	97
Posdata: desde la ética de la resistencia para insumisos discretos	107
4. <i>La ciudad postmodera: el campo, la cloaca, el espacio, la nada. Notas subculturales</i>	113
La casa como madriguera. La ciudad como infierno	118
5. <i>Entre la memoria y el deseo. Confesiones personales sobre teoría y práctica literarias</i>	125
Posdata: el desencanto ya no es lo que era	153
6. <i>Literatura en la tercera fase</i>	159
<i>A manera de epílogo para escritores jóvenes que empiezan a dejar de serlo</i>	183
Índice alfabético	189

●

Prefacio

Se atribuye a Caín la construcción de la primera ciudad, castigo sin duda por haber violado las leyes de la naturaleza al matar a su hermano Abel, pero no hay constancia del partido que el fratricida sacara a su invento, consecuencia de la violación de un tabú. Símbolo del paso de la vida nómada a la sedentaria, la ciudad de Caín era cuadrada y estaba orientada según los puntos cardinales; evocaba la estabilidad frente a la distribución circular de los campamentos nómadas o del propio Paraíso Terrenal, que era circular y vegetal. Cuadrado o círculo, la geometría como soporte de la realidad, el simbolismo descubre en la ciudad la voluntad de orden, la delimitación racional de un espacio que trata de reproducir en la tierra el orden de los cielos, la materialización de una idea.

Los griegos imaginaron la ciudad como una mujer en reposo, silueta tendida en descanso que evoca a la diosa Tierra liberada de los trabajos y los días de la fecundidad. El simbolismo moderno no se ha alejado demasiado del griego y según Chevalier y Gheerbrant, la ciudad moderna es el símbolo de la madre, con el doble aspecto de protección y límite.

Se emparenta en general con el principio femenino. De la misma manera que la ciudad posee a sus habitantes, la mujer contiene a sus hijos. Por esta razón las diosas se representan llevando una corona de murallas. En el Antiguo Testamento las ciudades se describen como personas.

Resultado de la evolución de sus propias funciones, las ciudades conservaron durante mucho tiempo un código simbólico, un orden básico de sus espacios y edificios más singulares; además aquellas ciudades respondían a doctrinas religiosas o civiles que las habían promovido y

trataban de que su imaginario respondiera a su ideario. Por caminos a veces muy retorcidos, la historia ha dado la razón a aquel propósito. Más acá del idealismo, cualquier ciudad contemporánea es físicamente la resultante de la hegemonía de los sectores sociales que estuvieron en condiciones de atribuirle su fisonomía. Conserva las arqueologías de su tiempo de esplendor y derrumba las arqueologías de los perdedores sociales que sin embargo la construyeron.

Tal vez de esa imagería de la mujer coronada de murallas nace el skyline urbano, la línea en el cielo de la ciudad en reposo, especialmente apreciable durante la noche. Esa silueta en el cielo concede a la ciudad un imaginario visualizable, se llame San Giminiano, Nueva York o Toledo, a manera de sublimación celeste del escenario, territorio, decorado simbólico por excelencia de la evolución social en el paisaje referente de la sociedad civil. Pero un imaginario es también la silueta, el fumetto que engloba imágenes concretas, palabras símbolo, mitos al servicio de una comprensión histórica, sobre todo histórica e ideológica. Por eso podemos hablar de la ciudad medieval o la ciudad socialista y no aludimos estrictamente a un determinado sistema urbanístico materializado, sino a la organización misma de la vida y a una expectativa de historia, de proyecto de futuro. El skyline es como la rúbrica de una ciudad, pero el viajero no debe detenerse ante ese estuche y debe excavar en todas las arqueologías urbanas para encontrar el sentido de la mismidad de la ciudad, resultante de la vida de generaciones, de caracteres culturales que implican la conducta y el lenguaje, la acción y los códigos.

La ciudad se ha considerado, desde la Baja Edad Media, como el mejor escenario posible para la entonces incipiente sociedad civil, pero al mismo tiempo coexiste con la añoranza o tentación del peregrino, cuya vida se mueve siempre entre dos ciudades, a manera de delegación terrestre del definitivo errar entre la ciudad real y la ciudad celestial, la ciudad de Dios. San Agustín distingue tres ciudades: la celeste espiritual, la terrestre espiritual y una tercera terrestre carnal y condenable. La ciudad celeste es la que san Pablo denomina Jerusalén superior, la segunda sería la Jerusalén que le era contemporánea y la tercera, la pagana, la no cristiana. Platónica la visión de san Pablo y la de san Agustín, concebían la ciudad de Dios o superior equivalente al reino de las ideas, la ciudad terrestre espiritual como el reino de la imagen representativa de las ideas caídas y la ciudad carnal, la del diablo. La simplificación estaba servida y a lo largo de la Edad Media y la Moderna la ciu-

dad de Dios y la del diablo han luchado como compendio de ideas y de imaginarios, lucha que ha permanecido en la simbología religiosa y civil hasta la guerra civil española, saludada por los cardenales franquistas como la lucha entre las dos ciudades, las dos Españas, la de Dios y la del diablo.

La idea de la ciudad de Dios se va volviendo laica, la identificamos con la República Cristiana de Bacon, con la Monarchia o Imperio Universal del Dante, la Città del Sole de Campanella, cualquier ciudad utópica aspirante a la perfección en la organización de la vida humana como La Ville Radieuse de Le Corbusier y hasta la unidad europea fue presentada como un acercamiento a la idea de la ciudad de Dios a través de un Mercado Común. Lamentablemente, esta coartada espiritualista del interés mercantil no ha permanecido ni siquiera en los discursos de los eurócratas más platónicos. Mito de los hombres libres, el lugar donde se podía establecer la comunicación, a la sombra alargada de la sociedad feudal, pero escenario donde empieza a fraguarse el nuevo orden, la nueva correlación de fuerzas económicas, sociales, políticas, históricas, activadoras de una nueva dinámica social que va a llevar al triunfo de la burguesía años después.

Cuando hablamos de la ciudad medieval, nos referimos a ese embrión de nuevo escenario de la tragedia de la historia, como un centro de comunicación y de ensimismamiento. En la ciudad medieval se encuentran artesanos y comerciantes, intercambian sus productos, y de la comunicación comercial se pasa a la comunicación de noticias y saberes, verbalmente, mediante copias manuscritas, impresas tras la difusión de la imprenta. Sin las ciudades no hubiera sido ni siquiera comprensible la existencia de la comunicación, el sistema de comunicación, de las maquinarias de comunicación, desde la etapa más primitiva hasta la más modernizada, y, al mismo tiempo, como centros ensimismados, porque las ciudades eran entes aislados que tenían que defenderse y practicaban una cierta cultura autista que no perdieron del todo cuando se impuso el estado-nación centralizador.

Tampoco la ciudad socialista es una ciudad concreta, aunque cuando he tenido que referirme a lo que pudo haber sido la ciudad socialista y no fue, me he centrado en Moscú y en la propia historia urbanística del Moscú de la revolución, que comienza la construcción de la ciudad socialista, valiéndose del cemento y de los versos de los poetas, de los planes de vivienda social y de las artes aplicadas en la victoria del rojo so-